

LA TEORIZACIÓN PSICOANALÍTICA Y EL CONSTRUCTIVISMO COMO APROXIMACIONES ONTOGENÉTICAS AL SABER SOBRE EL SUJETO HUMANO

**KAREN ENTRIALGO
DEPARTAMENTO DE CIENCIAS SOCIALES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO EN ARECIBO**

Sólo mediante el olvido de ese primitivo mundo de metáforas, sólo mediante el endurecimiento y la petrificación de una masa de imágenes que brota originariamente en candente fluidez de la capacidad primordial de la fantasía humana, sólo mediante la invencible creencia en que este sol, esta ventana, esta mesa, sean una verdad en sí, en una palabra, gracias solamente a que el hombre se olvida de sí mismo como sujeto y, por cierto, como sujeto artísticamente creador, vive con alguna calma, seguridad y consecuencia; si pudiera salir, aunque sólo fuese un instante, fuera de los muros de la cárcel de esa creencia, se acabaría enseguida su "autoconciencia".

Friedrich Nietzsche

Introducción

El supuesto epistemológico sobre el que se edificó la empresa científica moderna sostiene que el mundo existe independientemente de nosotros, los observadores. Esta concepción de la realidad como estando compuesta de objetos que existen al margen del sujeto es lo que ha llevado a postular que lo que conocemos es una función de lo observado y no del observador. De aquí que la ciencia tradicional haya dirigido todos sus esfuerzos a producir un saber sobre los sistemas observados, prescindiendo de toda consideración en torno a los sistemas observadores. La exclusión del sujeto en la ciencia aparece como condición de posibilidad de la ciencia misma, pues sólo así se sostiene la ilusión de objetividad, certeza, consenso y exhaustividad. Con la exclusión del sujeto se produce también la imposibilidad de ubicarse en un metanivel que permita tomar el quehacer científico como objeto mismo de reflexión; es decir, pensar al "sujeto ciencia" para generar un saber sobre el proceso mismo de conocer. Sobre este asunto, Maturana y Varela señalan:

Esta situación especial de conocer cómo se conoce resulta tradicionalmente elusiva para nuestra cultura occidental centrada en la acción y no en la reflexión, de modo que nuestra vida personal es, en general, ciega a sí misma. En alguna parte pareciera haber un tabú: "Prohibido conocer el conocer". Pero en verdad el no saber cómo se constituye nuestro mundo de experiencias, que es de hecho lo más cercano a nuestra existencia, es un escándalo. Hay muchos escándalos en el mundo, pero esta ignorancia es uno de los peores.¹

"Conocer el conocer" supone siempre una suerte de circularidad que no permite separar lo conocido del que conoce y de los procesos a través de los cuales el que conoce conoce. La circularidad produce cierta sensación de vértigo. Este es el vértigo de la complejidad donde la incertidumbre se abre espacio y que trastoca algo que es parte de nuestra condición humana: la tentación por la certidumbre. La propuesta de "conocer el conocer" lleva consigo una ruptura radical con la epistemología dominante. Esta epistemología radical postula que la realidad no existe independientemente del sujeto cognoscente. De aquí que sea imperativo rescatar al sujeto excluido de la ciencia y necesaria una teoría de los sistemas observadores. En esta nueva empresa es que se instala el constructivismo. El trabajo de los que han convenido llamarse a sí mismos constructivistas: Humberto Maturana, Francisco Varela, Heinz von Foerster, entre otros, constituye (como toda teorización) un relato para dar cuenta de las relaciones complejas entre el individuo como organismo biológico y sujeto social, el lenguaje, la cultura y la realidad "objetiva" que en estas relaciones se producen.

A mi entender, existen, en muchos aspectos, interesantes isomorfismos entre la propuesta constructivista y el pensamiento post-estructuralista, particularmente quisiera destacar aquí la teorización psicoanalítica. Pero antes de examinar estos trabajos, conviene que nos detengamos a examinar las transformaciones sociales que aparecen como condición de posibilidad para la desestabilización del paradigma de la ciencia moderna y la emergencia de nuevas aproximaciones al saber sobre el sujeto humano.

Estructura de la sociedad y epistemología

¹ Humberto Maturana y Francisco Varela, **El Árbol del Conocimiento. Las bases biológicas del conocimiento humano**, Editorial Debate, 1996, p. 19.

Un paradigma, si bien tiene que ser formulado por alguien, por Descartes por ejemplo, es en el fondo, el producto de todo un desarrollo cultural, histórico, civilizacional.

Edgar Morin

En la Edad Media, el conocimiento estaba basado en la fe y en la religión. Dios era ese principio que aseguraba la continuidad entre el conocimiento y las cosas a conocer. Hasta ahí se remonta esa epistemología que postula que el mundo existe independientemente del acto de conocer, que la realidad es un dato objetivo y que el conocimiento es el resultado de un descubrimiento de la esencia de las cosas. A partir del siglo XVII, la ciencia sustituye a Dios. Y digo sustituye pues no le da muerte, sino que viene a colocar en su lugar a la razón, el logos, la conciencia, como fuente última de toda verdad. La ciencia aparece entonces como una parición del mundo moderno al tiempo que condición de posibilidad de éste.

La sociedad moderna simultáneamente produjo y reprodujo los supuestos de la ciencia tradicional. El yo, producto de la ecuación cartesiana "cogito ergo sum", quedó puesto en el lugar más alto de la jerarquía de principios ciertos y aparece en el ordenamiento social moderno encarnado en la figura del obrero libre para vender su fuerza de trabajo, el individuo como unidad económica autónoma y autosustentable, requisito para que el capitalismo se pudiese desarrollar. El pensamiento dicotomizante que inaugura la separación entre mente y cuerpo, sujeto y objeto, era presenciado en la cotidianidad de un modo de producción basado en el taylorismo: la división de las tareas entre el diseño (lo mental) y la ejecución (lo manual). Así también, la explotación, que daba paso a la enajenación del trabajador con respecto al producto de su trabajo, daba la impresión de un mundo de objetos que existe independientemente del sujeto. La causalidad lineal que la ciencia tradicional postula como supuesto de forma de producción de un fenómeno, el reduccionismo que supone una suerte de atomismo, y una visión acumulativa del saber, que sugiere que el todo es igual a la suma de sus partes; todo esto podía ser presenciado en la cadena de ensamblaje que se establece con el

fordismo. Sin agotar los ejemplos, podemos mencionar uno más. Los principios de la lógica que caracteriza el pensamiento científico tradicional: 1) El principio de la identidad: $A = A$, y 2) el principio de la no contradicción: A no puede ser A y No-A al mismo tiempo, aparece en la política de las identidades que caracterizó los movimientos sociales de la modernidad. El movimiento de trabajadores se configuró alrededor de la identidad obrera por oposición a la de empresario capitalista, el movimiento feminista alrededor de la identidad femenina por oposición a la masculina, los movimientos de liberación nacional alrededor de una identidad nativa por oposición a la identidad del "otro". El espacio entre medio de una categoría y otra, la diferencia como movimiento constante que lleva a la presencia y ausencia simultánea del "otro" en todo "yo", fue obviada en aras de consolidar un pensamiento de la positividad. En general, la discursividad moderna se caracterizó por una pretensión de relatos universales, que pudiesen dar cuenta de todo; una concepción esencialista de la verdad, con la razón como espacio privilegiado; una convocatoria con pretensiones totalizantes y homogenizantes, sobre la base de un discurso igualitario; y una concepción de la historia como un proceso unitario, realización progresiva de la humanidad².

El positivismo como modelo de ciencia, así como categoría social en la vida moderna, lleva consigo una aproximación ontológica. La ontología es el estudio del ser o

² Con esta caracterización de la discursividad moderna busco más que nada dar cuenta de la razón desde la perspectiva de la burguesía. Pues el problema aquí no es la razón como tal, que corresponde a una voluntad de tener una visión coherente de los fenómenos y que tiene un aspecto indiscutiblemente lógico, sino una declinación de ésta que podríamos denominar, siguiendo una reflexión de Edgar Morin **Introducción al Pensamiento Complejo**, Gedisa, 1996, pp. 101-104, "racionalización". La racionalización consiste en querer englobar la totalidad de lo real dentro de un sistema coherente haciendo que todo aquello que contradiga, en la realidad, a ese sistema coherente, sea descartado, olvidado, puesto al margen o visto como ilusión o apariencia. La sociedad que se va sedimentando al calor del espíritu de la Revolución Burguesa declina la razón en la forma de la racionalización. La racionalidad, por el contrario, no tiene la pretensión de englobar la totalidad de lo real dentro de un sistema lógico sino que tiene más bien la voluntad de dialogar con aquello que lo resiste. En esto consiste la razón que promueve el pensamiento complejo y que las transformaciones sociales más recientes fuerzan a desarrollar.

el conjunto de indagaciones acerca de "lo que es". Cuando surge el término ontología en el siglo XVII, se pensaba que el "lo" era Dios. Así, dado que la ocupación del teólogo consistía en demostrar la existencia de Dios, la ontología fue en sus primeros estadios una preocupación teológica con un tema central: el argumento ontológico de la existencia de Dios. Luego, con los desarrollos del pensamiento científico, el "lo" dejó de referirse a Dios para pasar a referirse al mundo: la meta de la ontología pasó a ser explicar la naturaleza del mundo tal como es. La ontología se transformó en un esencialismo.

La aproximación ontológica busca dar cuenta del ser de las cosas, de su esencia o naturaleza, asumiendo que la cosa pre-existe al sujeto, que se informa a sí misma, que existe en estado puro, y obviando toda consideración en torno a los procesos por los cuales algo viene a ser. Esta aproximación permite toda suerte de disyunciones y confunde lo real con la realidad que se produce con el lenguaje denotativo como resultado del juego de diferencias que es el lenguaje mismo. Lleva, pues, a una trivialización de los fenómenos, ya que vistos estos como unidades autónomas, no queda sino explicarlos estableciendo relaciones de causalidad entre unos y otros o, en el peor de los casos, describirlos en su naturaleza misma, pero sin tomar nota de que en todo caso la naturaleza del fenómeno es la estructura narrativa de la descripción misma que se da en el lenguaje.

Tomemos a la psicología como ejemplo de una aproximación ontológica al saber sobre el sujeto humano. Un libro de texto suele ser representativo de visiones dominantes en una disciplina. Si examináramos cualquier libro de introducción a la psicología, encontraríamos que la división de los capítulos responde a los núcleos de estudio tradicionales: fisiología del comportamiento, aprendizaje, memoria, cognición, lenguaje, comunicación, emoción, motivación, etc. La división misma supone que cada uno de estos procesos o facultades mentales ocurren independientemente de las otras. Siendo el objeto de estudio de la psicología el sujeto, la estructura del texto refleja una concepción de sujeto como un agregado de facultades mentales que, inclusive, pueden ser localizadas

al interior del organismo mismo. Al final, el texto pareciera decir: "sume todas las partes y obtendrá un sujeto". Esto es así puesto que la aproximación ontológica permite excluir del análisis aquellas características del todo que se producen en las relaciones entre los elementos, pero que no se encuentran en las unidades. Luego encontraríamos que la discusión de cada uno de los capítulos está guiada por la pregunta ¿qué es? La pregunta por el qué siempre es sustantivante; esto es, convierte acciones en cosas; movimientos y dinamismos en estados fijos; desorden en orden; juegos de diferencias en identidades estables. La sustantivación es un proceso lingüístico. La estructura del lenguaje nos permite hablar de procesos como si fuesen cosas. Así, podemos decir que la gente piensa, pero también podemos decir que tienen pensamientos. Con toda facilidad a esto le seguirá el tratar de localizar los pensamientos en alguna parte. De hecho, mucho del trabajo de la psicobiología tradicional ha consistido en localizar funciones psíquicas en estructuras de la corteza cerebral.

La aproximación ontológica está imposibilitada de reconocer la función estructurante y constituyente del lenguaje respecto al sujeto y la realidad porque, al separar el proceso de conocer del objeto conocido, no puede darse cuenta de su operar en el lenguaje. En la psicología tradicional el lenguaje, lejos de ser pensado como el medio y el modo de ser humanos, pasó a ser una función mental más entre otras; algo localizable en el hemisferio izquierdo del cerebro. La aproximación ontológica caracteriza lo que Edgar Morin llama *paradigma de simplicidad*: "La simplicidad ve a lo uno y ve a lo múltiple, pero no puede ver que lo Uno puede, al mismo tiempo, ser Múltiple. El principio de simplicidad o bien separa lo que está ligado (disyunción), o unifica lo que es diverso (reducción)"³. El humano es un organismo biológico, pero al mismo tiempo es un organismo evidentemente cultural, meta-biológico, cuyo medio de ser se da en y a través del lenguaje. A esas dos realidades, la realidad biológica y la realidad cultural, el

³ Edgar Morin, **Introducción al Pensamiento Complejo**, *op. cit.*, p.89.

paradigma de simplificación nos obliga ya sea a desunirlas, ya sea a reducir la más compleja a la menos compleja.⁴

El imaginario de la sociedad moderna favorecía el que se pudiera pensar y explicar los fenómenos partiendo de los principios del paradigma de simplicidad, puesto que la razón que había alcanzado universalidad era la razón desde la perspectiva de la burguesía. El debilitamiento de la hegemonía burguesa y las transformaciones que marcan el fin de siglo aparecen como condición de posibilidad de nuevos campos de teorización y del desarrollo de un pensamiento de la complejidad. La puesta en marcha de un nuevo modo de acumulación de capital, a raíz del agotamiento del proyecto político de la modernidad, permitió la emergencia de nuevas subjetividades. La globalización, tanto en la producción como en la circulación y consumo de mercancías, así como las nuevas formas de organización del trabajo, han favorecido la puesta en escena de un sujeto flexible, capaz de asumir múltiples identidades. La proliferación de los medios de comunicación ha dado lugar a la irrupción de la pluralidad, en tanto identidades ocluidas por los universales de la cultura occidental, que no se reconocen ya en los absolutos excluyentes de la modernidad, como las etnias, los migrantes, los gays y otros, logran acceso a la palabra y cobran visibilidad. Esto lleva a una explosión en diferencias y a una multiplicación de las visiones de mundo. La ampliación continua del mercado de la información y los nuevos modos de producción y consumo que priman la imagen y la manipulación de los signos, obligan a tomar nota de la naturaleza mediadora y autogenerativa del signo. Este capitalismo simulacional, donde el referente viene a ser la imagen y se comprimen presente, pasado y futuro en tiempo y espacio, ha llevado a un resquebrajamiento de toda concepción del original, agotándose así las esencias.

La complejidad se hace evidente en la cotidianidad de una nueva cultura, llámesele posmoderna, posindustrial, posfordista, virtual, replicante o semiocentrista. El constructivismo y la teorización psicoanalítica han contribuido a los desarrollos en el

⁴ *Ibid.*

pensamiento complejo, de un lado, informándose de los efectos producidos por estas transformaciones sociales, y de otro, proveyendo herramientas conceptuales para pensar esta nueva condición cultural.

Aproximaciones ontogenéticas y paradigmas de complejidad

La ontogenética es el estudio de los procesos del devenir. Mientras que la ontología sólo busca dar cuenta del ser, la ontogenética busca dar cuenta de los procesos por los cuales algo viene a ser. Si en la primera aproximación la pregunta que guía el estudio es ¿qué es?, en la segunda la pregunta sería ¿cómo es que se llega a ser?. Esta última nos ubica de entrada en la dialogicidad estabilidad/cambio, ya que hablar o describir el ser de algo supone una operación previa de establecer una pauta en las secuencias de hechos de su devenir. Esta operación, que es siempre arbitraria, tiene su agente: el observador. De manera que la aproximación ontogenética nos obliga a dar cuenta del devenir de algo en el operar de un observador (sujeto) mediante la descripción que él hace, por lo que la cosa (así como el sujeto mismo) sólo viene a ser en el lenguaje. Así, toda descripción implica a aquel que describe.

La aproximación ontogenética nos introduce entonces a la complejidad en la producción de todo fenómeno, al movimiento constante entre el observador y lo observado, entre el todo y la parte, entre la causa y el efecto y el efecto como causa. No se sirve ya de los principios disyuntivos y reduccionistas del paradigma de simplicidad, sino que construye nuevos macro-conceptos desde donde superar las limitaciones metodológicas y epistemológicas del modelo de ciencia normal. Si como bien señala Wittgenstein, "el lenguaje es él mismo el vehículo del pensamiento", pensar la complejidad requiere de un nuevo lenguaje, o al menos, de un reconocimiento de cómo estamos entrapados en el lenguaje, cuya estructura de sujeto-predicado carga consigo la visión dicotomizante y lineal que caracteriza el pensamiento de la simplicidad, cuya sintaxis produce la ilusión de que las cosas tienen realidades y atributos propios. De

modo que el lenguaje estructura una variedad de dispositivos lógicos, descriptivos y explicativos que utilizamos para comprendernos nosotros mismos y la realidad.

Una de las contribuciones fundamentales del movimiento posestructuralista a los desarrollos en el pensamiento complejo ha sido justamente el reconocimiento de la función estructurante y constitutiva del operar en el lenguaje. El posestructuralismo comienza con la radicalización de la lingüística saussureana, pero ya Saussure había sido radical respecto a la concepción tradicional del signo lingüístico. Saussure fue el primero en aclarar que el signo lingüístico no une una palabra con una cosa, sino que representa la relación entre un significado (un concepto o una idea) y un significante (la palabra o el referente). De la ecuación de signo de Saussure ya quedaba implícito que "la cosa", "lo real", es imposible de nombrar en el lenguaje. Luego, al postular que la relación entre significado y significante se produce arbitrariamente, Saussure rompía con toda concepción esencialista del signo. El signo se produce socialmente como resultado de un choque de fuerzas interpretativas. De aquí que podamos pensar el lenguaje como homólogo a la estructura de las relaciones de poder social. Citando a Foucault, podríamos decir que el "lenguaje está ideológicamente contaminado"; esto es, nunca es inocente. Pero el posestructuralismo introduce un elemento aún más radical respecto al lenguaje. Lacan va a aclarar que el significado no se produce de manera autónoma de una relación fijada con el significante, sino que para que se produzca la significación tiene que estar presente el sujeto. El significado es aquello que queda diferido en la relación de un significante con otro significante, de manera que la estructura del lenguaje es siempre inestable. En Lacan, el significante es visto no como una cosa fija, sino como un movimiento, una operación del lenguaje, algo que se define como una función activa de creación de los significados.

Si las cosas y el sujeto mismo vienen a ser en el lenguaje, y el lenguaje es una operación, un movimiento, pensar al sujeto humano y la realidad que con él se construye en estos movimientos requiere de un lenguaje que nos permita pensar el movimiento.

Aquí viene al punto mencionar la aportación de Edgar Morin. Morin propone tres macro-conceptos para pensar la complejidad⁵: 1) El principio dialógico que permite mantener la dualidad en el seno de la unidad pues asocia dos términos a la vez complementarios y antagonistas, trasciende las operaciones disyuntivas que sólo pueden ver lo que queda como resultado del juego de diferencia, pero no así el movimiento mismo de la diferencia. Este principio nos permite, como ha hecho el constructivismo y el psicoanálisis lacaniano, pensar al sujeto como uno que se hace individuo sólo en tanto sujetado a un orden social a través del lenguaje. Autonomía y dependencia simultánea, pues para ser individuo hay que adoptar el "yo", y este "yo", como apunta Wittgenstein, no se encuentra en el mundo real, sino en la estructura del lenguaje, que es social. El sometimiento al orden de lo social aparece entonces como condición de posibilidad del individuo y de la agencia del sujeto. 2) El segundo principio es el de recursividad organizacional. Un proceso recursivo es aquél en el cual los productos y los efectos son, al mismo tiempo, causas y productores de aquello que los produce. La sociedad es producida por las interacciones entre individuos, pero la sociedad, una vez producida, retroactúa sobre los individuos y los produce. Los individuos producen la sociedad que produce a los individuos. La idea recursiva rompe con la linealidad del esquema causa-efecto, estructura-superestructura, porque todo lo que es producido revierte sobre aquello que lo ha producido, en un ciclo en sí mismo auto-constitutivo, auto-organizador y auto-productor. 3) El tercer principio es el hologramático. No solamente la parte está en el todo, sino que el todo está en la parte. Esto aplica tanto para el mundo biológico como para el mundo sociológico. En el mundo biológico, cada célula del organismo contiene la totalidad de la información genética de ese organismo: la célula está en el organismo y el organismo está en la célula. En el mundo sociológico, el individuo está en la sociedad y la sociedad está en el individuo a través del lenguaje, que al tiempo que lo individualiza

⁵ *Ibid.*, pp. 105-109.

lo socializa. La idea del holograma trasciende al reduccionismo, que no ve más que las partes, y al holismo, que no ve más que el todo.

Constructivismo y psicoanálisis

El constructivismo y el psicoanálisis constituyen aproximaciones ontogenéticas al saber sobre el sujeto humano. Von Foerster dijo cierta vez que hubiera preferido el término "ontogenetismo" en lugar de "constructivismo", porque para todo aquel interesado en asumir una perspectiva donde se busca indagar, al decir de Quine, "¿Qué tipo de cosas estamos implicando como existentes al creer en una teoría dada?", resulta inevitable preguntarse ¿cómo es que emergió esa creencia? ¿y cómo esa teoría?; es decir, resulta inevitable pensar en términos de génesis, de proceso. El constructivismo al intentar dar cuenta de cómo se produce el conocimiento y la realidad, termina produciendo una teoría del observador; el psicoanálisis, al indagar por cómo se produce el sujeto, termina produciendo una reflexión en torno a la realidad y el conocimiento. Comenzaremos examinando la propuesta constructivista para luego destacar los isomorfismos con la teorización psicoanalítica.

Para el constructivismo, una teoría del observador debe ser, por necesidad, una teoría social y lingüística. Pero al plantear esto no se está desentendiendo de lo biológico, puesto que su instrumento conceptual está basado en las nociones de información y organización, y esto le permite eludir las dicotomías entre lo físico y lo biológico, por una parte, y lo social, lingüístico y cultural, por la otra. Para el constructivista, la noción de organización se encarna, tanto en las interacciones químicas cerebrales como en las interacciones lingüísticas, y una vez establecida esa continuidad, ha tratado de caracterizar las diferencias entre unas y otras, pero sin dar por garantizada una dicotomía cartesiana originaria entre ambas.

Un concepto clave para la comprensión de esta continuidad entre las interacciones biológicas y las lingüísticas es el de acoplamiento estructural. Maturana y Varela plantean lo siguiente:

La historia del cambio estructural de un ser vivo particular es su ontogenia. En esta historia todo ser vivo parte con una estructura inicial, que condiciona el curso de sus interacciones y acota los cambios estructurales que éstas desencadenan en él. Al mismo tiempo, nace en un lugar particular, en un medio que constituye el entorno en que se realiza, y en el cual interactúa y que nosotros también vemos como dotado de una dinámica estructural propia, *operacionalmente distinta* del ser vivo. Esto es crucial. Como observadores, hemos distinguido la unidad que es el ser vivo de su trasfondo y lo hemos caracterizado con una organización determinada. Con ello hemos optado por distinguir dos estructuras que van a ser consideradas operacionalmente independientes una de la otra, ser vivo y medio, y entre las cuales se da una congruencia estructural necesaria (o la unidad desaparece). En tal congruencia estructural una perturbación del medio no contiene en sí una especificación de sus efectos sobre el ser vivo, sino que es éste en su estructura el que determina su propio cambio ante ella. Tal interacción no es instructiva porque no determina cuáles van a ser sus efectos. Por esto hemos usado nosotros la expresión *gatillar* un efecto, con lo que hacemos referencia a que los cambios que resultan de la interacción entre ser vivo y medio son desencadenados por el agente perturbante y *determinados por la estructura de lo perturbado*. Lo propio vale para el medio, el ser vivo es una fuente de perturbaciones y no de instrucciones.⁶

El esquema que tradicionalmente se había utilizado para referirse a las interacciones entre organismo y medio es el de estímulo-respuesta. Este esquema llevaba a establecer una relación primero de discontinuidad y luego de causalidad entre el estímulo, pensado éste como propiedad del medio, y la respuesta, pensada como proveniente del organismo. Maturana y Varela proponen un nuevo lenguaje que supera estas limitaciones conceptuales. Al hablar de perturbaciones como aquello que desencadena los cambios que resultan de la interacción organismo/medio, el agente perturbante no puede ser localizado ni al interior ni al exterior del organismo. El organismo no tiene acceso directo a algo que pudiese estar allá afuera, sino que la experiencia de cualquier cosa allá afuera es confirmada de manera particular por la estructura del organismo que hace posible "la cosa" que surge en la percepción o en la descripción.

⁶ **El Árbol del Conocimiento**, op. cit., p. 81.

El sistema nervioso expande los dominios de interacción de un organismo. La visión más popular y corriente considera al sistema nervioso como un instrumento mediante el cual el organismo obtiene la información del ambiente, que luego utiliza para construir una representación que le permite computar una conducta adecuada a su sobrevivir en él. Al asumir un mundo de objetos que nos informan, esta visión representacionista no provee espacio para comprender el fenómeno cognoscitivo, puesto que no hay un mecanismo que permita tal "información". Por otro lado, negar el medio circundante y suponer que el sistema nervioso funciona en el vacío es el extremo de la absoluta soledad cognoscitiva o solipsismo que no permite explicar la adecuación que se da entre el operar del organismo y su mundo. La propuesta constructivista camina, como dicen Maturana y Varela, por el filo de una navaja que tiene a uno de sus lados al abismo del representacionismo y al otro, el abismo del solipsismo.

Los constructivistas sostienen que el paso esencial en la organización compleja del sistema nervioso de los mamíferos lo es la red de células internunciales, o sensores internos, que conectan las células sensoriales especializadas con las unidades motrices. Las internunciales actúan como sensores internos del sistema, pues sólo responden a un agente universal: los impulsos eléctricos de otras neuronas. La proporción de estos respecto a los sensores "externos" es de 100,000:1, lo cual sugiere que somos cien mil veces más sensibles a nosotros mismos que a lo que damos en llamar el mundo exterior. Percibir y actuar no son, pues, operaciones independientes, ya que nuestro sistema nervioso es cerrado en su funcionamiento organizacional. A esto los constructivistas se refieren como clausura sensoriomotriz. La relación entre las operaciones sensoriales y motoras no responde a la lógica de la causalidad lineal, sino que es recursiva: la actividad del sistema sensorial afecta la actividad del sistema motor que a su vez afecta la actividad del sistema sensorial.

La excitación de cada neurona, apunta von Foerster, es una computación. Computar es establecer relaciones entre dos o más cosas, por lo que una computación es

una representación de una relación. El sistema nervioso computa sus propias computaciones. Al examinar la estructura de la neurona observamos que tiene varias dendritas, cuya función es recibir señales de muchas otras neuronas a su alrededor y transportarlas al cuerpo celular, pero sólo un axón, cuya función es transportar señales desde el cuerpo celular a otras neuronas, glándulas y músculos. Si la neurona tiene varias entradas y una sola salida, lo que ocurre en su interior es un proceso de biocomputación y no una simple carrera de relevo. El output de una neurona es una computación compleja que se convierte en uno de los muchos *inputs* implicados en la computación que provoca la excitación o la no-excitación de otra neurona. Este sistema que computa sus propias computaciones es un sistema organizacionalmente cerrado en su operar recursivo, por lo que en realidad no tiene *inputs* ni *outputs*, sólo perturbaciones.

Una entidad está sistémicamente cerrada cuando sus elementos se generan unos a otros mediante operaciones de producción en el sistema. Los neurofilósofos chilenos Maturana, Varela y Uribe acuñaron el término de autopoiesis para referirse a la organización de los sistemas vivos, sistemas que producen sus propios componentes y determinan sus propias operaciones. Von Foerster se sirve de la Teoría de las Funciones Recursivas para mostrar cómo la autonomía de los sistemas autopoieticos se extiende hacia nuestras capacidades cognoscitivas y de comportamiento. Ciertos valores estables emergen de cálculos recursivos infinitos. Una secuencia continua de operaciones recursivas; esto es, operaciones sobre operaciones, produce algo: un valor propio. Los valores propios se autoproducen. Esto es lo que sucede en los sistemas autopoieticos. Las operaciones sobre los componentes producen los componentes. Si tomáramos una calculadora y la programáramos para calcular la raíz cuadrada de cualquier número que se le proponga, una vez comienza, calcularía la raíz cuadrada de su respuesta anterior, y continuaría infinitamente, o al menos, hasta que se le agotaran las baterías. Pero al cabo de un minuto o menos notaríamos que deja de producir valores diferentes; se estabilizaría

alrededor de un valor, un valor propio producido por la secuencia infinita de operaciones, que en este caso sería 1.00. "Uno" es el valor propio de la operación de una raíz cuadrada.

Von Foerster sostiene que ése es el tipo de recursión infinita que tiene lugar en el sistema nervioso. Cuando tomamos parte en el comportamiento sensoriomotor con algo; digamos por el momento que actuamos sobre el objeto, generamos valores propios, comúnmente conocidos como objetos de la percepción. La constancia perceptual de un objeto es el valor propio del conjunto de operaciones recursivas previas. Cuando esto ocurre, accedemos a nuestras correlaciones sensoriomotrices. Pero el lenguaje del observador sustantiva su propia experiencia sensoriomotriz. Para los constructivistas, los objetos son señales para comportamientos propios. En el ámbito de la cognición, los objetos son los nombres intercambiables que damos a nuestro propio comportamiento. Las palabras con las que nombramos "cosas" son el resultado de funciones recursivas que producen una estabilidad en el acoplamiento estructural de tercer orden. El lenguaje tiene que ver con las correlaciones de comportamiento en el sistema nervioso y le permite, al que opera en él, describirse a sí mismo y a sus circunstancias. Esto es lo que modifica radicalmente los dominios conductuales humanos, haciendo posibles nuevos fenómenos como la reflexión y la conciencia. Sobre este aspecto Maturana y Varela señalan:

Lo fundamental en el caso humano es que el observador ve que *las descripciones pueden ser hechas tratando a otras descripciones como si fueran objetos o elementos del dominio de interacciones*. Es decir, el dominio lingüístico mismo pasa a ser parte del medio de interacciones posibles. *Sólo cuando se produce esta reflexión lingüística hay lenguaje*, surge el observador, y los organismos participantes de un dominio lingüístico empiezan a operar en un dominio semántico. También, sólo cuando esto ocurre, el dominio semántico pasa a ser parte del medio donde los que operan en él conservan su adaptación.⁷

El enfoque sensoriomotor constructivista permite tener en consideración la ontogénesis del lenguaje produciendo con ello una teoría del observador. Von Foerster

⁷ *Ibid.*, pp. 181-182.

sostiene que ontológicamente el lenguaje no puede justificarse a sí mismo. La pregunta importante no es ¿qué es el lenguaje?, sino ¿cómo opera?. Preguntar qué es el lenguaje siempre invitaría a presumir la existencia de un mundo objetivo: primero hubo cosas y luego aprendimos a nombrarlas. Esta aproximación sugeriría que el lenguaje es puramente denotativo. El lenguaje denotativo genera una realidad objetiva, pero no puede dar cuenta de sí mismo. Sin embargo, una aproximación ontogenética permite pensar el lenguaje como connotativo. La palabra, al ser pronunciada, no se refiere a algo que esté allá afuera, sino que produce en quien la escucha toda una gama de correlaciones semánticas.

Para el constructivismo, el observador se produce en el lenguaje. La biología muestra que la unicidad de lo humano está en su darse en un acoplamiento estructural social, donde el lenguaje tiene el rol de generar las regularidades propias del acoplamiento estructural social humano, que incluye el fenómeno de las identidades personales. "Todo acto humano tiene lugar en el lenguaje", apuntan Maturana y Varela "Todo acto en el lenguaje trae a la mano el mundo que se crea con otros en el acto de convivencia que da origen a lo humano"⁸, concluyen.

Aunque con otras metáforas, la teorización psicoanalítica también postula que es a través del lenguaje que se constituye el sujeto. Ser sujeto supone estar sujetado al orden de lo social a través del lenguaje, pero al tiempo que lo somete, la entrada a este orden le provee de la categoría gramatical del yo con la cual el sujeto produce la ilusión de una identidad propia e interactúa como individuo y miembro de una sociedad. La inflexión lacaniana del psicoanálisis constituye una aproximación ontogenética pues busca dar cuenta de los procesos por los cuales aparece el sujeto. El isomorfismo que deseo destacar entre el constructivismo y el psicoanálisis es el que se desprende de la expresión de Lacan: "Lo real es imposible". Muy poco puede decirse de "lo real", puesto que se trata de la experiencia primordial anterior a todo intento de representarla en un sistema de

⁸ *Ibid.*, p. 209.

símbolos. En el sistema filosófico kantiano, se trataría de la "cosa en sí" a la cual el conocimiento nunca tiene acceso, pero que en Lacan queda como la experiencia de la cosa y no la cosa como pudiese ser antes de la experiencia. Lo real es pues lo innombrable, puesto que toda vez que entramos al orden de lo simbólico a través del lenguaje, en tanto el lenguaje es de un orden superior, perdemos todo acceso a "lo real". El registro de lo real en Lacan mantiene una correspondencia estructural con el orden de las perturbaciones en el sistema constructivista. Se trata de la interacción organismo/medio que resulta en un acoplamiento estructural en el cual el organismo no puede identificar al agente perturbante pues el cambio ante la perturbación está determinado por su propia estructura. Al examinar el funcionamiento de la neurona, los constructivistas también observan que la neurona sólo codifica la intensidad de la perturbación y no así el agente perturbante.

En la teoría lacaniana, el sujeto se produce en el enlace entre los registros de lo real, lo imaginario y lo simbólico. Al registro de lo imaginario pertenecen las fantasías, pero de algún modo este registro coexiste con lo simbólico, pues en él lo simbólico es tratado como si fuera real o natural. Es aquí donde se produce la ilusión de la identidad propia como algo real; es decir, como algo fijo y estable. Este sentido de totalidad, de unidad independiente, aunque necesaria para la comunicación y la vida en sociedad, es una ilusión puesto que el yo es un significante que no tiene un referente fijo, sino que depende del inter-locutor y el locutor en la comunicación. Al registro de lo imaginario en la teoría psicoanalítica correspondería el orden de las constancias perceptuales en el constructivismo. Se trataría aquí de la confusión que se produce cuando en el operar recursivo y cerrado del sistema sensoriomotriz se producen valores estables, que aunque no son sino configuraciones específicas de estados de actividad en el sistema nervioso, en el uso del lenguaje son correlacionados con palabras, produciendo la ilusión del objeto que existe fuera e independiente de sí.

El registro de lo simbólico es, tanto en Lacan como en el constructivismo, el orden del lenguaje y de lo social, donde aparece el sujeto como observador y desde donde se construye la realidad que damos en llamar "objetiva" (sólo en el sentido en que produce la ilusión de consenso). Para Lacan, la realidad es el delirio compartido. Para los constructivistas, utilizando otra metáfora, es el mundo que se crea con otros en el acto de convivencia.

He querido destacar estos isomorfismos entre el constructivismo, el posestructuralismo y el psicoanálisis, pues me parece que en ello se evidencia la multiplicidad irreducible de decursos que se complementan, se contraponen y se implican variadamente al aceptar el desafío de la complejidad. La complejidad, como vimos, no se encuentra allá afuera, sino en nosotros mismos. La reintegración del observador en sus propias descripciones delinea un nuevo itinerario para todo proceso de producción de conocimientos.